“La historia de un fumador de Hachís"
por Walter Benjamin

Mientras bajaba la escalera, recordé la última vez que fumé hachís varios meses atrás, y cómo fui incapaz de saciar el hambre canina que se apoderó de mí más tarde, cuando ya estaba de vuelta en mi habitación. Por si acaso, consideré oportuno comprar una pastilla de chocolate. A lo lejos divisé un escaparate repleto de cajas de bombones, brillantes papeles de estaño y hermosas pirámides de pasteles. Entré en la tienda y quedé de pronto algo confundido, pues no vi a nadie que pudiera atenderme. Más aún me sorprendió el extrañísimo sillón ante cuya visión hube de admitir que, para bien o para mal, en Marsella se bebe el chocolate sentado en altos sitiales que recuerdan a los sillones articulados propios de las intervenciones quirúrgicas. Sólo entonces vi al dueño del establecimiento que venía corriendo desde el otro lado de la calle enfundado en una bata blanca, lo que me dio tiempo para reaccionar y rechazar entre sonoras carcajadas su ofrecimiento de afeitarme o cortarme el pelo. Todo esto me persuadió de que el hachís hacía ya tiempo que había empezado a actuar sobre mí, circunstancia de la que si no me hubiese bastado con la transformación de las polveras en cajas de bombones, de los estuches de níquel en pastillas de chocolate y de los peluquines en pilas de pasteles, mis propias risotadas hubieran bastado para alertarme, puesto que es sabido que el éxtasis se inicia por igual con carcajadas que con risas, quizá más quedas e interiores, pero sin duda más embriagadoras. También lo reconocí en la infinita dulzura del viento que en el lado contrario de la calle movía los flecos de las marquesinas. Acto seguido se hizo sentir la imperiosa necesidad de espacio y tiempo que experimenta el adicto al hachís.

Como se sabe, es extraordinaria: al que acaba de fumar hachís, Versalles se le antoja pequeño y la eternidad le sabe a poco. A estas dimensiones colosales que adquieren las vivencias interiores, al tiempo absoluto y al espacio inconmensurable, no tarda en seguirles una sonrisa beatífica, preludio de un humor maravilloso, mayor aún, si cabe, debido a la ilimitada cuestionabilidad de todo lo existente. Sentía además tal ligereza y seguridad en el andar que el suelo irregularmente empedrado de la plaza que cruzaba se me antojó el suave pavimento de una carretera que yo, vigoroso caminante, transitaba en la oscuridad de la noche. Al final de esta plaza inmensa se levantaba un feo edificio de arcadas simétricas y con un reloj iluminado en su frontispicio: Correos. Que era feo lo digo ahora, entonces no lo hubiese visto así, y no sólo porque cuando hemos fumado hachís nada sabemos de fealdades, sino sencillamente porque ese edificio oscuro, expectante -ansioso de mí-, con todos sus dispositivos y buzones prestos a recibir y transmitir la inapreciable conformidad que haría de mí un hombre rico, despertó en mi interior una profunda sensación de agradecimiento.

Allí, muy cerca de donde me encontraba, vi amontonadas en la oscuridad las sillas y mesas de un bar, reducido pero de aspecto sospechoso. Allí tomé asiento. Apenas percibió que me tranquilizaba, comenzó el hachís a poner en juego sus encantos con tan tenaz energía como yo nunca había experimentado ni volvería a experimentar. Me convirtió en un consumado fisonomista; yo, que normalmente soy incapaz de reconocer a amigos de toda la vida o de retener en la memoria un simple rostro, me obstiné en mirar fijamente las caras de quienes me rodeaban, lo que en circunstancias normales hubiese evitado por una doble razón: por no atraer sobre mí sus miradas y por no soportar la brutalidad de sus rasgos. Ahora comprendo por qué a un pintor -¿acaso no le ocurrió a Leonardo y a tantos otros?- esa fealdad que asoma en las arrugas, que proyectan las miradas y exhiben algunos rostros, puede parecerle el auténtico reservoir de la belleza, más hermosa que el arca del tesoro, que la mágica montaña abierta que muestra en su interior todo el oro del mundo. Recuerdo especialmente un rostro de hombre infinitamente animal y soez en el que, de pronto, tembloroso, creí vislumbrar «las arrugas de la noble resignación». Los rostros masculinos eran los que más me fascinaban. Comenzó el juego, tenazmente aplazado, de que en cada nuevo semblante asomara un conocido del que a veces recordaba el nombre, a veces se me escapaba. Instantes más tarde la alucinación se esfumó, como se desvanecen los sueños, sin producir turbación o embarazo, sino amigable y pacíficamente, como una criatura insegura que hubiese cumplido con su cometido. Mi vecino, un burgués por su aspecto y maneras, variaba incesantemente la forma y expresión de su rostro. Su corte de pelo, la negra montura de sus gafas, le conferían un aire ya severo, ya amistoso. Yo me repetía, naturalmente, que no se podía cambiar con tal rapidez, pero daba igual. Cuando el hombre en cuestión había pasado ya por muchas vidas, de buenas a primeras resultó estudiante en una pequeña ciudad del Este europeo. Su habitación era bonita y elegante. Me pregunté: «¿Dónde habrá adquirido este joven esa cultura? ¿Quién será su padre? ¿Comerciante textil o mayorista de cereales?». De pronto supe que la ciudad era Myslowitz. Alcé la vista y allí, al otro extremo de la plaza, o tal vez más lejos, al final de la ciudad, aparecía el instituto de Myslowitz, la aguja de cuyo reloj se había detenido y marcaba algo más de las once. La clase ya debía de haber empezado. Quedé absorto ante la escena sin ninguna razón concreta. Las personas que momentos antes -¿o habían transcurrido un par de horas?- me fascinaban, habían desaparecido de mi vista. «Cada siglo que pasa, las cosas se vuelven más extrañas», pensé. Pedí un café solo. Me pareció que el camarero tardaba una eternidad en aparecer con la taza. La agarré ansiosamente; su aroma ascendía ya por mí nariz, cuando -para mi sorpresa, o a causa de mi sorpresa, ¿quién podía saberlo?- detuve en seco mi mano a unos centímetros de los labios. En seguida, tan pronto percibí el embriagador aroma del café, adiviné el instintivo apresuramiento de mi brazo y recordé que esta bebida supone para todo fumador de hachís el cenit de su placer, ya que intensifica como ninguna otra cosa el efecto de la droga. Por ello deseaba detenerme y me detuve. La taza no llegó a tocar los labios, pero tampoco volvió al plato. Quedó suspendida en el aire, sostenida por mi brazo que comenzaba a insensibilizarse, asiéndola rígido y muerto como si de una imagen, una piedra sagrada o una reliquia se tratase. Mi mirada se posó en las arrugas de mis pantalones playeros blancos y las creí arrugas del albornoz. Después se centró en mi mano, y la vi morena, etiópica, y mientras mis labios seguían fuertemente apretados rechazando la bebida o la palabra, una sonrisa ascendía hasta ellos desde muy adentro; una sonrisa altanera, africana, sardanapálica, la sonrisa del hombre capaz de penetrar el futuro del mundo y el destino, para quien las cosas y los nombres ya no encierran secreto alguno. Me vi sentado allí, pardusco y taciturno...

Se hizo la oscuridad. Cerraron el bar y vagué sin rumbo por los muelles deletreando uno tras otro los nombres de las barcas amarradas allí, al tiempo que me embargaba una inexplicable alegría. Sonreí uno tras otro a todos los nombres de mujeres de Francia, Marguerite, Louise, Renée, Yvonne, Lucille. El amor a las embarcaciones que esos nombres revelaban me resultaba maravilloso, sublime y conmovedor. Junto a la última había un banco de piedra; «Banco», me dije, desaprobando que el nombre no apareciese rotulado con letras doradas sobre fondo negro.